

## *Cine y Cara Real: cien años de amistad*

MARY G.  
SANTA EULALIA

**A**poco de levantarse, imaginariamente, acta del nacimiento del cinematógrafo, el 28 de diciembre de 1895, en París, la Infanta Isabel, Francisca de Asís, intuyó su potencial grandeza. Tía del rey-niño Alfonso XIII, y poseedora de un talante participativo que le granjeó la simpatía, de sus contemporáneos, esta noble señora inició un trato decididamente favorable con aquel espectáculo, el más emblemático de nuestra época, e hizo copartícipes a sus parientes de esa afinidad con el mismo.

### *Cita en Madrid*

El primer encuentro entre ambos ocurrió en 1896. El cine vino a Madrid en mayo, cuando la Villa y Corte ardía en fiestas en honor de su patrono titular, San Isidro.

El día 13, de dicho mes, se celebró una función estrictamente privada, para invitados. A renglón seguido, el 14, se abrieron de par en par las puertas a vecinos y transeúntes, en los bajos del hotel Rusia —hoy desaparecido— en la carrera de San Jerónimo, 34. Allí se dieron cita inmediatamente las gentes ávidas de distracciones,

## CINE

atraídas por la novedad de la "fotografía animada": trenes acercándose velozmente a una estación, barcos desatracando de un puerto, caballos abalanzándose provocativamente hacia las filas de butacas —sembrando terror pánico en la concurrencia—, obreros saliendo de su fábrica, muros desplomándose sumidos en polvareda, etc.

**«El día 13, de dicho mes, se celebró una función estrictamente privada, para invitados. A renglón seguido, el 14, se abrieron de par en par las puertas a vecinos y transeúntes, en los bajos del hotel Rusia —hoy desaparecido— en la carrera de San Jerónimo, 34.»**

El celuloide, impresionado en Lyon por los hermanos Lumière y exhibido al lado de la Puerta del Sol por su agente, Alexandre Promio, creaba genuina ilusión de magia, a despecho de la insignificante pantalla a la que trasvasaba temblorosas imágenes.

Prensa y ciudadanos ilustres y anónimos declaraban admiración desbordante por las cintas y el complejo aparato donde se alojaban. La fama corrió de boca en boca y alcanzó los oídos de la más marchosa integrante de la Familia Real, la arriba mencionada Infanta. Sin dudarle, se propuso conocer el portento. Así lo hizo el 6 de junio.

Cuan convincentes serían sus comentarios y exaltados sus elogios, se deduce de los efectos. A los seis días, la Familia Real, en pleno, seguía su ejemplo.

Para tan augustos espectadores, se confeccionó un programa especial, inusualmente amplio, compuesto por más de cuarenta breves películas, entonces llamadas "cuadros". Resultado: le llovieron las felicitaciones a Promio, quien las remitió prestamente a sus jefes.

A la sazón, la Infanta Isabel — que volvería una vez más a la misma sala, convirtiéndose en una cinéfila "avant la lettre"—, contaba 45 años; su cuñada, viuda de Alfonso XII y Reina Regente, María Cristina, 38; los hijos de ésta: María de las

Mercedes, 16; María Teresa, 14, y el Rey, 10.

Todos quedaron extasiados, como el resto del público. Quizá porque la "representación total e integral de la realidad" que, según André Bazin, aguardaba el colectivo humano desde la noche de los tiempos, comenzaba a materializarse, por fin. De acuerdo con esa idea del pensador y crítico de cine francés, una generación —englobando la sociedad en su conjunto—, al filo de un cambio de siglo, contemplaba entusiasmada la realización de un sueño.

### *Apoyo real*

Faltaba creer en aquel incipiente instrumento —construido a costa de incontables hallazgos de técnicos, inventores y científicos— para proporcionarle un clima de desarrollo propicio. Eso corrió a cargo de las multitudes que lo arroparon, no sin acosarlo con exigencias, válidas, a la postre, para que se controlaran los centelleos molestos de la luz, el trepidar de la máquina y el torpe deslizamiento de la película, entre otros defectos.

Pero también hubo protectores en las altas esferas que pusieron su grano de arena en la aventura del nuevo medio de expresión.

Al principio, las sesiones consistían en pases de 20 minutos, durante los cuales, se mostraban 8 ó 10 cintas, aproximadamente de 17 metros, por el módico precio de una peseta. La demanda crecía incesantemente.

**«A la sazón, la Infanta Isabel —que volvería una vez más a la misma sala, convirtiéndose en una cinéfila "avant la lettre"—, contaba 45 años.»**



Había que renovar títulos. Los envíos de Francia no bastaban para satisfacer al "respectable". Promio entendió que le urgía aumentar sus provisiones produciendo él películas en España. Comprobó que se acogían mejor que las francesas, por reflejar paisajes y tradiciones más entrañables y conocidas. Entre las materias preferidas, observó que complacían mucho las maniobras y ejercicios de tropas.

Animado por ello, solicitó a la Reina Regente autorización para rodar en la guarnición de Vicálvaro. Se le concedió, pero quiso fotografiar cañones y el intendente se opuso. Insistió, y ante el estupor de los oficiales, la Casa Real cursó una orden para que se pusiesen a su disposición seis piezas de artillería.

Los contactos se hicieron cada vez más estrechos puesto que los miembros de la Familia Real aparecían frecuentemente en cintas de "actualidades": en sus viajes a provincias, en sus ocios, en conmemoraciones y, en el curso del tiempo, en ceremonias excepcionales, como la boda de Alfonso XIII, o luctuosas, como el entierro de la Infanta María Teresa. Por cierto, que este material era el más apreciado y vendido al extranjero.

### *Sesiones de familia, en Palacio*

La afición al visionado, experimentada desde la infancia, se cultivó entre las paredes del Palacio Real. Alfonso XIII destinó una sala para proyecciones que algún testigo describió como una instalación "verdaderamente regia".

Las noches de domingo se reservaban para sesiones de cine, en familia, y eran regularmente respetadas, excepto cuando se interponían compromisos de otra índole. Luego, también se introdujeron sesiones los jueves, con las últimas producciones distribuidas en el país. Siempre se tenían muy

en cuenta los contenidos, de forma que hubiera reportajes o noticiarios, una película cómica y alguna instructiva, para que estuvieran presentes los niños, hasta los más pequeños. Durante la Gran Guerra el Rey no se perdía los documentales procedentes del frente, fuera el que fuese su origen.

Se sabe que en los traslados veraniegos a San Sebastián, Santander o La Granja, con el equipaje iban embaladas cámaras y proyectores.

Pero no se limitaban SS.MM. a disfrutar del espectáculo en la intimidad. De cuando en cuando, acudían a lugares públicos, a veces en circunstancias puntuales o con ocasión de galas y protocolos. Por ejemplo Alfonso XIII y su esposa, Victoria Eugenia, inauguraron el elegante Real Cinema, en 1920. La misma Victoria Eugenia y sus hijos ocuparon el palco real, en el Monumental Cinema, con motivo, asimismo, de su apertura. Al día siguiente, se sentaron en aquellas localidades, la Reina María Cristina y el resto de los familiares.

### *Exploración por la historia*

La industria cinematográfica, consciente del buen papel que habían desempeñado las monarquías en la etapa del reportero primitivo, conforme se robustecía, iba buscando hechos menos ordinarios y comunes, en que fuesen aprovechables todavía. De ahí, que escritores y directores se precipitaran a los archivos, la historia y las biografías para hallar

## CINE

testas coronadas que ofrecieran rasgos fascinantes. De entrada, se consideraba su categoría y se sumaban los sucesos —trágicos o sublimes— en que hubieran intervenido. Los guionistas, por su parte, los envolvían en fantasías inventadas y les atribuirían más pasiones de las que ciertamente hubieran sentido. Probablemente. Pero, eso se queda al margen.

**«Al principio, las sesiones consistían en pases de 20 minutos, durante los cuales, se mostraban 8 ó 10 cintas, aproximadamente de 17 metros, por el módico precio de una peseta. La demanda crecía incesantemente. Había que renovar títulos. Los envíos de Francia no bastaban para satisfacer al "respectable".»**

La cuestión es que, a tan pronta fecha como 1912, ya se había filmado una vida de Isabel I de Inglaterra, a quien resucitarían en pantalla, otra vez, Michel Curtiz, en 1939, y Charles Jarrot, en 1971. A Cristina de Suecia la recuperó, en romántico encuadre, Rouben Mamoulian, en 1933, y, en ese mismo año, John Ford descubrió las posibilidades de María Estuardo, explotando su carácter de víctima de la fatalidad, que arruinó su reinado. A la Emperatriz Sissi le levantó un monumento de color de rosa, Ernest Marischka, en 1955. Al enigmático Luis II de Baviera, fanático de la arquitectura de castillos y de la música de Wagner, trataron de explicarlo Luchino Visconti, en 1972, y Syberberg, en 1974. En la filmo-grafía británica abundan los argumentos con individuos de la realeza al frente: legendarios, como los habitantes de Camelot, el rey Arturo y la reina Ginebra, o auténticos, reconvertidos por el genio de Shakespeare para el teatro y tomados de la mano, en versión fílmica, por Lawrence Olivier, como Enrique V y Ricardo III. Hasta el más reciente, Jorge VI, soberano cuya accidental demencia facilita una desecación cruda y directa de un duelo paterno-filial por el poder. El reparto se beneficia del trabajo de un actor de notabilísimos registros, Nigel Hawthorne.

Esto merece que se le reconozca al medio: cuando se ocupa de personajes de máxima alcurnia, lo hace con singular respeto.

Para que los encarnen, selecciona a intérpretes de noble gesto y empaque, entre los más cotizados, por su capacidad profesional: Sarah Bernhardt, Bette Davies y Glenda Jackson, incorporaron a Isabel I de Inglaterra; Katharine Hepburn y Vanessa Redgrave, a María Estuardo; Charles Laughton, a Enrique VIII; Richard Harris, al rey Arturo; Greta Garbo, a Cristina de Suecia y Nicolai Cherkassov, a Iván el Terrible, etc.

### *En España triumfa el amor*

En el cine español se han barajado perfiles de seres de tristes destinos, principalmente sentimentales. La película descollante, por el número de espectadores y por su duración en cartelera, precisamente se refiere a un rey Borbón al cual, su muerte prematura, impidió conocer el séptimo arte. Interpretado con enorme éxito por Vicente Parra, en pareja con Paquita Rico, como Mercedes de Orleans, "¿Dónde vas, Alfonso XII?" llenó simultáneamente los locales Real Cinema y Torre de Madrid, 210 días, el primero, y 189, el segundo. Un total de más de un año, cifra no alcanzada ni por "Locura de Amor", que consiguió 20 semanas, nada desdeñables, en el Rialto. El triunfo de las penas de amor del hijo de Isabel II, predispuso a una segunda parte, "¿Dónde vas, triste de ti?", como la anterior, usando el verso de una canción popular a modo de título, pero con menor suerte. Ambos guiones reproducían sendas obras de teatro

**« La afición al visionado, experimentada desde la infancia, se cultivó entre las paredes del Palacio Real. Alfonso XIII destinó una sala para proyecciones que algún testigo describió como una instalación "verdaderamente regia".»**



de Juan Ignacio Lúea de Tena y fueron rodadas, respectivamente por Luis César Amadori (1959), y Alfonso Balcázar (1960).

*La confianza  
que no cesa*

La persistencia de la confianza entre la Familia Real española y la cinematografía no disminuyó al incorporarse a ella Sofía de Grecia. Cuando, aún Princesa, acompañó a su marido en visita al remozado Ateneo, en los primeros años "70", presidido entonces por la historiadora Carmen Llorca, no demostró más atención que por el Aula de Cine, sus proyectos de actividades y futuros programas de exhibición.

También Don Juan Carlos, siendo Príncipe, asistió a la re-apertura del Real Cinema, reformado y adaptado para Cinerama.

La alianza y la comunicación establecidas de antaño, no se han interrumpido.

El propio monarca admitió ser protagonista de un reportaje para la televisión británica, en sus vacaciones estivales en Mallorca, recientemente.

Ahora mismo, consecuente con la trayectoria marcada por su tatarabuela, sus bisabuelos y abuelos, Felipe de Borbón, Príncipe de Asturias, coopera en la realización de una serie de films sobre protección de espacios naturales, en la península y las islas, prestando su presencia personal.

Como cualquier forastero, el cine fue bienvenido a Madrid (y, después, a toda España) por parte de los Reyes y del pueblo. Esa relación cumple cien años, los mismos que el fantástico invento.